

José Agustín de la Puente Candamo. Una semblanza

José de la Puente Brunke

Pontificia Universidad Católica del Perú

Debo empezar esta semblanza agradeciendo al *Mercurio Peruano* por haber dedicado este número a rendir homenaje a la memoria de mi padre. Su fallecimiento en 2020, y la conmemoración del centenario de su nacimiento, en 2022, han sido ocasiones en las que se han expresado muchos testimonios en torno a su vida y su obra. Se han destacado su vocación docente, sus aportes en la investigación histórica, su afán por divulgar la importancia del estudio del pasado peruano, y su firme compromiso con diversos proyectos institucionales, en cuyo desarrollo mostró gran capacidad de gestión. Junto con ello, como telón de fondo, aparece reiteradamente su amor por el Perú, al igual que el aprecio a lo que fueron sus virtudes humanas.

Los orígenes de su vocación por la historia y de su amor por el Perú están en el seno de su familia. Desde pequeño conoció muchos pasajes de la historia peruana en las sobremesas familiares, a partir de consideraciones y anécdotas contadas por sus padres —José de la Puente Olavegoya y Virginia Candamo Álvarez Calderón—, por sus tíos, por otros parientes y amigos de la familia, y sobre todo a partir de las conversaciones que tuvo con su abuela materna, Teresa Álvarez Calderón de Candamo. Nacida en 1850, su abuela lo impresionaba con sus recuerdos sobre el Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Además, desde niño pudo tener en sus manos importantes libros de autores de esa centuria, como Mariano Felipe Paz Soldán y Manuel de Mendiburu, que estaban en la biblioteca familiar que había formado su abuelo José Agustín de la Puente Cortés, gran aficionado a la historia.

Surgido en el seno familiar, ese amor por el Perú y por su historia se reafirmó en el marco de su formación escolar, y sobre todo en su etapa de estudiante universitario. Mi padre tuvo siempre muy presentes a sus maestros, y creo que es pertinente recordarlos ahora. El primero, sin duda, fue José de la Riva-Agüero y Osma, a pesar de que nunca fue su profesor, porque cuando mi padre ingresó a la Universidad Riva-Agüero ya no daba clases. Pero su magisterio se desarrollaba en las tertulias en el Hotel Bolívar, a las que mi padre concurría con algunos de sus compañeros de estudios, y donde pudo comprobar el enciclopédico conocimiento que Riva-Agüero tenía no solo de

la historia, sino de la literatura y de otros muchos aspectos de la vida peruana, además de su extraordinaria formación cultural. Mi padre siempre repetía que admiró en Riva-Agüero la solidez de sus convicciones y su valentía en sostenerlas; la coherencia entre lo que predicaba y lo que vivía.

Maestro fundamental fue también Víctor Andrés Belaunde, amigo y compañero de generación de Riva-Agüero, de quien mi padre fue colaborador directísimo durante casi veinte años, desde la fundación del Instituto Riva-Agüero en 1947. De Belaunde admiró siempre su personalidad, su inmensa cultura y su don de gentes. Mi padre contaba que don Víctor Andrés podía molestarse con alguna persona eventualmente, pero al día siguiente ya lo tenía todo olvidado. Era persona —decía— de «sangre ligera». A su lado lo ayudó a sacar adelante el Instituto Riva-Agüero y llegó a ganarse su confianza de tal modo que, en sus frecuentes viajes a Nueva York para atender sus labores en las Naciones Unidas, le dejaba a mi padre papeles firmados en blanco, para lo que se necesitara.

En cuanto a su carrera académica y a sus tareas de investigación historiográficas, su maestro fue el P. Rubén Vargas Ugarte, S. J., que además fue quien lo invitó a iniciarse en la docencia en la Universidad Católica, en abril de 1947. Esa invitación lo sorprendió, ya que no estaba entre sus planes ser profesor. Mi padre recordaba con gratitud cómo el Padre Vargas llegó a acompañarlo a archivos y bibliotecas para revisar junto con él la documentación pertinente para su tesis y para enseñarle a fichar, entre otras técnicas de investigación.

Otro nombre que no puedo omitir es el de un profesor mucho más joven: Pedro Benvenuto Murrieta. Fue también un maestro para mi padre y para muchos de sus compañeros de estudios. Nueve años mayor que mi padre, fue para él un joven profesor y un amigo cercanísimo, al cual solía pedir consejo. Lo hizo además padrino de mi hermano Agustín. Entre sus otros profesores, mi padre recordaba con especial afecto a Javier Pulgar Vidal y a Guillermo Lohmann Villena.

Al considerar las diversas facetas que mi padre mostró en su trayectoria, pienso que la de maestro es la que debe destacarse especialmente. Su vocación docente estuvo íntimamente unida a su amor por el Perú y por su historia. Disfrutaba en el aula, y muy en particular cuando las clases iban dirigidas a jóvenes recién ingresados a la Universidad. En sus 68 años ininterrumpidos de docencia —desde 1947 hasta 2015— así lo demostró. Siempre tuvo un especial afán por transmitir a los alumnos de Estudios Generales Letras su pasión por el Perú, su visión de nuestro país como una realidad con futuro, a pesar de todos los problemas. Insistía en que había que entender el Perú como algo propio, que a todos nos pertenece. Por otro lado, en el caso de las clases que impartía a los alumnos que seguían la carrera de Historia, el curso con el que más disfrutaba era el de Fuentes Históricas Peruanas.

Como veremos más adelante, uno de los mayores afanes de mi padre fue el de destacar la importancia del cuidadoso estudio de las fuentes en el trabajo del historiador, y el de facilitar el acceso a las mismas. Por eso, en el marco de ese curso llevaba a los alumnos a la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero, y se solía presentar en clase con muchos libros – sobre todo antiguos – para que el estudiante no solo supiera de ellos, sino que pudiera tenerlos en sus manos. Desde muy joven fue un gran animador de vocaciones para la Historia, en el seno del Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero. Uno de sus alumnos de la década de 1960, Jorge Rosales Aguirre, explica así el impacto de la docencia de mi padre:

Y en esa explicación, en la forma de hacerla con el apoyo de las fuentes, en el uso adecuado y preciso de las palabras y de los gestos pero plenos de legítima emoción, en el recurrir a anécdotas y circunstancias esclarecedoras de algunos temas, estuvo el descubrimiento de nuestra vocación docente, de nuestra vocación por la Historia, de nuestra vocación peruana. (2008, p. 67)

Una característica que siempre me llamó la atención en mi padre fue la de su sentido institucional. En las diversas entidades en las que tuvo cargos directivos se entregó por completo al logro de los fines institucionales, sin preocuparse por su brillo personal. Así lo hizo en lo que fue sin duda su segunda casa, el Instituto Riva-Agüero, y también en la Academia Nacional de la Historia, que presidió justamente cuando se cumplió el centenario institucional, ocasión en la que promovió la organización de un congreso dedicado al estudio de la historia regional. Su labor en el proceso de fundación y desarrollo del Instituto Riva-Agüero es quizá la muestra más clara del modo tan dedicado con el que asumía sus compromisos institucionales. Colaboró eficazmente con Víctor Andrés Belaunde en ese proceso, como Secretario del Instituto primero, y como director tras el fallecimiento de Belaunde. Lo expresó así Armando Nieto Vélez, S. J.:

Para nadie es un secreto que fue José Agustín de la Puente el brazo derecho de Víctor Andrés Belaunde en la fundación y la marcha del Instituto. Como Secretario General le tocaba la responsabilidad de hacer que el Instituto fuese una realidad viviente y una obra que recogiese y alentase los esfuerzos de los colaboradores, profesores y alumnos que veían con simpatía la creación de ese nuevo vástago de la Universidad en memoria del benefactor y en provecho de la cultura nacional. (2002, p. 24)

En la Universidad Católica ocupó también otros puestos directivos, como el decanato de la Facultad de Letras – entre 1957 y 1963 – y la jefatura del Departamento Académico de Humanidades, ya en la década de 1990. Su capacidad de gestión se puso también en evidencia cuando asumió la dirección de la Comisión de Documentos de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Coordinó de modo muy eficiente esa

inmensa labor de recopilación documental que hizo posible la publicación de los más de ochenta volúmenes de la *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Este ha sido el más importante proyecto de publicación de fuentes documentales de nuestra historia. Si bien en su momento esa colección recibió críticas, hoy día constituye un recurso indispensable para el estudio del proceso histórico de la Independencia. Ese sentido institucional fue el reflejo del espíritu de servicio que siempre lo ha caracterizado. Otra empresa académica en la que colaboró de modo muy comprometido fue la del proyecto de creación de la Universidad de Piura, el cual contó también con el apoyo de Víctor Andrés Belaunde. Al igual que ocurrió en el caso de la fundación del Instituto Riva-Agüero, el afán por el estudio del Perú, y la preocupación por promover una visión cristiana de la vida, estuvieron en los orígenes de la Universidad de Piura. Por otro lado, en las instituciones y proyectos que dirigió, la eficacia de su liderazgo estuvo en buena medida ligada a su estilo dialogante; buscaba siempre la concordia. Esto se refleja, por ejemplo, en una carta que dirigió el 4 de mayo de 1953 a César Pacheco Vélez, con referencia al desarrollo de las actividades del Instituto Riva-Agüero:

También debemos pensar desde un plano más alto, menos personal, y considerar cómo en los mismos que discrepan de nosotros y de nuestra manera de ver las cosas, hay elementos y actitudes que no solo debemos respetar, sino observar lo que pueda haber de bueno y útil. Debemos afanarnos en la obra positiva y no colaborar en la búsqueda de los desacuerdos ni de las rivalidades.¹

Mencioné antes que estudiar fuentes históricas, y ofrecerlas a los historiadores, fue uno de los grandes afanes de mi padre. Esto se percibe desde que fundó el Seminario de Historia en el Instituto Riva-Agüero, cuando no tenía ni 30 años. Desde allí no solo formó a varias generaciones de historiadores, sino que trabajó con ellos para publicar fuentes, como los dos volúmenes de *La Emancipación en sus textos*, aparecidos en 1960. Ese interés por publicar fuentes lo tuvo hasta el fin de sus días, e incluso con la documentación de su archivo familiar. Cuando estaba por cumplir 80 años, me planteó que publicáramos conjuntamente el epistolario de su abuelo Manuel Candamo, que apareció en 2008 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, bajo el título de *El Perú desde la intimidad*, y fue reimpresso en 2016. Ese mismo año publicamos *El Estado en la sombra*, otro volumen con documentación referida a la ocupación chilena de Lima durante la guerra del Pacífico, reimpresso en 2023. El proceso de edición y publicación del epistolario constituyó para mí una gran lección, no solo de metodología en el trabajo del historiador, sino también del sentido ético que debe presidir los proyectos de investigación. Digo esto porque no fueron pocas las cartas

¹ La carta se conserva en el Archivo Puente Candamo.

en las que Candamo emitía opiniones indiscretas, o planteaba juicios sobre el Perú con los que mi padre no coincidía, o cuyo tono le parecía excesivo o exagerado. A pesar de ello, nunca dudó en publicar todas las cartas en su integridad, habiendo podido seleccionarlas o presentarlas parcialmente, ya que finalmente era él el propietario de los documentos. Fue esta para mí una gran lección de honradez intelectual.

En coherencia con su aprecio por las fuentes, mi padre ha dejado un archivo personal muy rico, fiel como fue a la máxima de que «los papeles se rompen solos». Todo lo guardaba, y por eso nos ha dejado un epistolario interesantísimo, que estamos poniendo poco a poco a disposición de los investigadores en la página web «Memoria de la Puente».² Allí está buena parte de la historia intelectual del siglo XX peruano.

Por otro lado, a mi padre le apasionaba la historia de la vida cotidiana. Por eso, cuando pensamos en cómo podíamos rendir homenaje a su memoria con ocasión de su centenario – en 2022 –, concluimos mis hermanos y yo en que lo mejor era publicar sus Memorias de infancia y juventud, que constituyen una valiosa fuente para conocer precisamente la historia de la vida cotidiana de las décadas de 1920 y 1930.

Si bien mi padre fue un investigador prolífico y un eficiente gestor cultural, su gran pasión – como ya he señalado – fue la enseñanza de la historia del Perú. A esa tarea se entregó con generosidad y espíritu de servicio. En la docencia – al igual que en la investigación – combinó el rigor académico con el amor por el Perú. El Perú y su pasado no constituían para él un mero objeto de estudio académico. Se identificaba personalmente con el presente y el pasado de nuestro país. Ponderaba con auténtico orgullo los episodios exitosos de nuestra historia, y sufría genuinamente al estudiar sus «páginas negras», lamentablemente mucho más numerosas que los momentos de éxito. Con gran pasión afirmaba la verdad de la existencia del Perú, como una comunidad construida por muchas generaciones, y sobre cuyo futuro era tercamente optimista. Oswaldo Holguín, uno de sus discípulos más cercanos, pondera del siguiente modo su certeza frente a la realidad del Perú, al afirmar que para mi padre

el Perú es más que un objeto de estudio, es un sujeto histórico, un ente social forjado por el paso del tiempo y la sucesión de generaciones. El Perú es mucho más que un pretexto para la investigación, es una nación que se ha hecho y se sigue haciendo, una comunidad ligada por la convivencia y las expresiones colectivas, un cuerpo social formado y formándose con muchos aportes. (2008, p. 52)

² Véase: <https://delapuentecandamo.pe>

Obviamente, tenía muy presente la gran heterogeneidad de nuestro país, y las muy diversas formas de ser peruano. Sin embargo, ponía énfasis en la existencia de un fondo común, de una conciencia de ser peruano que explicaba la sobrevivencia del Perú. Tal como lo dijo uno de sus discípulos más antiguos, Armando Nieto, «nos enseñó a conocer y amar el Perú, con sus luces y sus sombras, sin falsos triunfalismos ni tampoco deprimentes augurios para el porvenir» (2008, p. 10). Solía poner el ejemplo de la reconstrucción posterior a la guerra con Chile, y se preguntaba por las razones de la recuperación del país, que no recibió un céntimo de ayuda externa. En sus clases transmitía ese amor y esa pasión por el Perú, pero no en la línea de una evocación romántica, sino para enfatizar en los estudiantes la realidad de lo peruano y el deber de todos de sacar adelante el país. Repetía que la realidad del Perú era sobre todo fruto de la vida cotidiana de muchas generaciones, y que era nuestra responsabilidad hacer efectiva esa «promesa de la vida peruana» de la que habló Jorge Basadre.

Hombre de sólidas convicciones, manifestó siempre un delicadísimo respeto frente al discrepante. Precisamente su delicadeza en el trato humano tiene que ver con su maestría en el uso de eufemismos, como lo ha recordado en varias oportunidades Carlos Gatti, quien fue directo colaborador suyo en el Instituto Riva-Agüero, al afirmar que esos eufemismos eran una manifestación de la virtud cristiana de la caridad. Con ellos buscaba suavizar cualquier afirmación que pudiera parecer negativa o rotunda, y que pudiera dejar mal a una persona. Era incapaz de ironizar o de bromear en clase ante alguna pregunta disparatada de un estudiante. Estoy convencido de que fue adoptando ese estilo humano a partir del ejemplo de sus padres. Su padre le inculcó el amor por las tradiciones familiares y por la historia. Del ejemplo de su madre provinieron su sentido cristiano de la vida, su discreción y su espíritu de servicio. Muchos de sus discípulos han manifestado cómo en él se conjugaba la seriedad intelectual con ese espíritu de servicio. Quiero destacar lo que escribió Elizabeth Hernández, profesora de la Universidad de Piura:

A lo largo de mi carrera profesional siempre tuvo tiempo, ya sea en persona, ya sea por teléfono, para mis inquietudes intelectuales. Me abrió perspectivas y espacios de conocimiento con una generosidad solo comparable con su increíble sabiduría. Eso solo lo hacen los grandes, y él siempre lo fue (citada en Antesala, 2020, p. 7).

Para concluir esta semblanza me parece oportuno transcribir unas palabras que el doctor Salomón Lerner Febres, Rector Emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú, escribió en el libro de homenaje a mi padre publicado con ocasión de haber cumplido 50 años en la docencia:

Hombre profundamente convencido de la verdad cristiana, ha sabido ser en su vida consecuente con los principios que profesa y por eso se ha convertido para quienes bien le conocen en modelo de honestidad; estudioso de nuestra historia, ha sabido eludir la banalidad que a veces resulta de la fascinación que suscitan los hechos aislados para acercarse con profundidad a aquellos temas esenciales que recorren el proceso por el que la nación peruana se va constituyendo. La peruanidad como idea y realidad no solo ha sido para él objeto de estudio y tema de su reflexión como científico, sino que ha constituido y lo sigue siendo preocupación y tarea que lo compromete como actor de la vida nacional. (2002, p. 21)

Bibliografía

- Antesala (abril de 2020). José Agustín de la Puente: el Perú como ilusión. *Antesala*, 5-7.
- Holguín Callo, Oswaldo (2008). El Perú de José Agustín de la Puente. En *José Agustín de la Puente Candamo. Medalla de Honor R. P. Jorge Dintilhac, SS. CC.* (pp. 51-53). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lerner Febres, Salomón (2002). Palabras del rector. En Margarita Guerra, Oswaldo Holguín y César Gutiérrez (eds.), *Sobre el Perú: Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo* (pp. 21-22). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Nieto Vélez, Armando, S. J. (2002). Palabras del padre Armando Nieto Vélez, S. J. En Margarita Guerra, Oswaldo Holguín y César Gutiérrez (eds.), *Sobre el Perú: Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo* (pp. 23-26). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Nieto Vélez, Armando, S. J. (2008). Probididad y prestancia. En *José Agustín de la Puente Candamo. Medalla de Honor R. P. Jorge Dintilhac, SS. CC.* (pp. 9-13). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Rosales Aguirre, Jorge Humberto (2008). Un magisterio ejemplar. En *José Agustín de la Puente Candamo. Medalla de Honor R. P. Jorge Dintilhac, SS. CC.* (pp. 66-71). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.